

JUDITH LENNOX

Las amigas
de ojos
OSCUROS

Traducción:
ANA HERRERA



MAEVA

Título original:
THE DARK-EYED GIRLS

Diseño e imagen de cubierta:

Fotografía de la autora:

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© JUDITH LENNOX, 2000
© de la traducción: ANA HERRERA, 2013
© MAEVA EDICIONES, 2014
Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN:
Depósito legal:

Fotomecánica: Gráficas 4, S. A.
Impresión y encuadernación:
Impreso en España / Printed in Spain



La madera utilizada para elaborar las páginas de este libro procede de bosques sujetos a un programa de gestión sostenible. Certificado por SGS según N.º: SGS-PEFC/COC-0634.

Para Danielle, en recuerdo de aquellos tiempos

PRIMERA PARTE

La orilla lejana

1960-1969

1

Liv buscaba entre las piedrecillas algún trocito de cristal de colores. Cuando era muy pequeña creía que eran joyas: esmeraldas, zafiros, diamantes y —más difícil de encontrar— alguna piedra roja, como un rubí. Su padre, Fin, le explicó que eran vulgares cristales pulidos por el mar. Liv se imaginaba las olas recogiendo botellas rotas y cristales de ventana hechos añicos y frotándolos con un trapo hasta que adquirirían el brillo suave de las perlas que Thea llevaba en torno al cuello.

Delante de ella, Fin y Thea paseaban por la playa con la cabeza gacha. Las piedrecillas crujían a su paso. El abrigo de Fin ondeaba formando una capa grande, oscura, y el pañuelo de seda de Thea se agitaba como un gallardete pálido en la brisa. Las gaviotas bajaban en picado y chillaban, haciéndose eco de las iracundas subidas y bajadas de sus voces. Llevaban las manos metidas en los bolsillos del abrigo y, mientras paseaban, sus caminos divergían. Fin tendía a ir hacia el mar y Thea se dirigía, casi imperceptiblemente, hacia tierra adentro. Liv no miraba a sus padres ni tampoco las olas, sino que mantenía la vista clavada en la estrecha franja de piedras, a la busca de rubíes y diamantes.

Un año más tarde, en un viaje desde la costa hacia el interior, llovió durante todo el trayecto. Como lágrimas, pensaba Thea, mientras observaba ausente las gotas que resbalaban por la ventana del autobús. Miró a su hija, que iba sentada a su lado.

—Ya casi estamos —dijo Thea, sonriéndole alentadora.

Liv no le devolvió la sonrisa. Ni tampoco habló. Durante los ocho meses transcurridos desde que su padre se fue de casa, Liv cada vez razonaba más su conversación, y sus ojos de un color castaño oscuro habían adquirido un aspecto hermético. Una vez más, Thea intentó tranquilizarla:

—No tenemos que quedarnos si no nos gusta, cariño.

Pero la verdad es que no sabía a qué lugar del mundo podían ir si Fernhill no les parecía bien.

Todavía llovía cuando llegaron a su parada. Los castaños de Indias goteaban, y los sedosos pétalos de las amapolas en el ribazo estaban magullados por la tormenta. Las ruedas del autobús formaron unas ondas de agua marrón al alejarse, y madre e hija se quedaron solas a un lado de la carretera. Thea recordó las instrucciones de Diana: «A la derecha de la parada del autobús, alejándote del pueblo. Estamos justo en la cresta de la loma».

Thea llevaba la cabeza inclinada cuando se pusieron a andar, y le dolían las piernas. La energía feroz y chispeante que la sostuvo a lo largo del espantoso año pasado parecía haberla abandonado. Intentó recordar cuándo vio a Diana por última vez. En el bautizo de Rachel, sí, pero de eso hacía ya diez años... Desde entonces se tenían que haber visto, claro. Se frotó la frente con las yemas de los dedos húmedas.

En la cresta de la loma hizo una pausa; miró sin aliento el rompecabezas de campos, corrientes y montículos que marcaban la frontera entre Cambridgeshire y Hertfordshire. A lo largo de la carretera corría un muro, en el cual se encontraban empotradas unas espléndidas puertas de hierro fundido. Thea leyó el letrero del portón: FERNHILL GRANGE. Vio entonces la casa grande, de ladrillo rojo, situada entre unos jardines muy cuidados.

—Dios mío... —exclamó, sorprendida, al intentar imaginar a la autoritaria y jovial Diana Marlowe que recordaba como señora de una mansión campestre tan impresionante. Pero Diana, recordó Thea al abrir la puerta, venía de buena familia y se había casado bien. Y, además, Diana tenía el don de caer siempre de pie.

Fueron chapoteando por el camino. Ante la puerta principal, Thea hizo una pausa y miró a su hija.

—No tenía ni idea de que sería tan espléndida —dijo. Bajó la mano y le apartó con suavidad el húmedo flequillo negro a Liv de los ojos.

Mientras tomaban un té y unos pastelitos, Diana le recordó:
—Viniste a la reunión del cincuenta y tres, Thea. Esa fue la última vez.

—¿Hace ya siete años? ¿Tanto tiempo?

—Tendrías que haber venido el año pasado —sonrió Diana—. Fue divertidísimo. Estaba Bunty Naylor... ¿Te acuerdas de Bunty? Era un caso... Aquella vez que...

Diana continuó con sus recuerdos. Thea la escuchaba solo a medias, mientras su mirada revoloteaba por la habitación enorme y cómoda. Las dos niñas estaban arrodilladas en el alféizar de la ventana. Rachel parloteaba; Liv, como era habitual en aquellos tiempos, permanecía muda. Rachel solo era unos meses mayor que Liv. Thea recordaba su bautizo: Rachel, la niña perfecta, mirando serenamente con sus ojos oscuros entre espumosos encajes antiguos. Ahora, diez años después, Rachel seguía siendo perfecta. Más alta que Liv, era —no había otra palabra que pudiera definirla— bella, con el pelo de un intenso color castaño, ondulado, y los ojos de un castaño claro y tranquilo. Irradiaba salud y confianza. La mirada de Thea se desplazó de Rachel, con su vestido impecable y llamativo de algodón, a Liv. La niña llevaba zurcidos en los codos del jersey, y sus ojos asustados y atormentados se veían sombreados por el largo flequillo. Thea tuvo que hacer un esfuerzo para disimular la amargura y el amor que la invadieron de repente.

—¿Thea?

Levantó la cabeza sobresaltada. Diana la miraba. Intentó rehacerse.

—Lo siento mucho, Diana. Es que..., bueno, parece que hace tanto tiempo... —Se retorció las manos, largas, pálidas—. La guerra,

quiero decir. El FANY.* Aquel lugar espantoso donde nos enviaron.

Lo que quería decir era que no creía ser aquella persona ya. Y que apenas la recordaba.

—Claro, claro. Has pasado una temporada muy mala, ¿verdad? No me hagas caso, cariño, soy una charlatana. Siempre lo he sido, ¿no? —dijo Diana, comprensiva; hizo una pausa y, mirando a sus hijas, añadió algo en voz baja—: Nuestras niñas de ojos oscuros, Thea.

Thea se mordió los labios, clavándose las uñas en la palma de la mano. Oyó decir a Diana:

—Rachel, ¿por qué no le enseñas tu dormitorio a Olivia? —consiguió contenerse para que no se le escapara el primer sollozo antes de que la puerta se cerrase detrás de las dos niñas.

En cuanto empezó no pudo parar, hasta que Diana, con delicadeza, le puso un vaso entre los dedos y le dijo:

—Funciona mucho mejor que el té, siempre me lo ha parecido.

Thea dio un largo y tembloroso sorbo al whisky y se arrellanó en la silla, con los ojos cerrados. Al cabo de un largo rato los abrió y susurró:

—Lo siento.

—No seas ridícula, Thea. ¿Por qué no ibas a llorar?

—Me parece un abuso...

—Bobadas. Para eso están las amigas. —Thea se había olvidado de lo amable que era Diana. Mandona y a veces un poco ridícula, pero siempre amable—. ¿No has sabido nada...?

Thea meneó la cabeza.

—Han pasado ocho meses. Y dejó una nota en la mesa de la cocina.

«Lo siento. Estarás mejor sin mí. No te insultaré ofreciéndote explicaciones ni rogándote que me perdones. Te quiere, Fin.»

—No volverá —dijo luego, con firmeza—. Mi matrimonio ha terminado. Venir aquí... será lo mejor. Empezar desde cero. —Suspiró con fuerza—. Háblame de la casita, Diana.

* «First Aid Nursing Yeomanry»: Cuerpo de enfermeras de primeros auxilios creado en Gran Bretaña en 1907. (*N. de la T.*)

—Es pequeñísima. —Diana parecía dudar—. Pero encantadora. Hay un salón, una cocina y dos dormitorios, así que estará bien para... —Las palabras se extinguieron.

Thea completó la frase de Diana:

—Para nosotras, que somos dos. —Antes eran tres, ahora dos. Ya casi se había acostumbrado a ese hecho—. ¿Y hay baño?

Diana hizo una mueca.

—Hay un servicio, pero está fuera, y es bastante penoso. Y los Seagrove usaban una tina.

La señora Seagrove, la anterior inquilina de la casita, era la asis-tenta de Diana. Recientemente se había ido a vivir con su hija a Derby.

—El alquiler... —Thea tuvo que tragarse su orgullo. La opulenta sala de los Wyborne transpiraba dinero.

—Es muy razonable, me parece. —Thea ahogó un pequeño suspiro de alivio. Luego Diana añadió, dubitativa—: Podría ser más fácil, Thea, si...

—¿Sí?

—Sería más fácil para ti si hicieras creer a la gente que eres viuda. Fernhill es un pueblecito pequeño y bastante anticuado, en algunos aspectos. Y la casita es propiedad de la Iglesia. El vicario es muy amigo nuestro, y... —la voz de Diana se apagó.

Thea no estaba segura de si su repentina explosión de ira iba dirigida a Diana o a Fin. Dijo fríamente:

—No te pondré en evidencia, Diana.

—No quería decir... —Diana estaba roja.

Thea se sintió avergonzada de pronto.

—Lo siento mucho. No debería haber dicho eso. Has sido muy amable conmigo. Y tienes razón, claro.

Diana miró su reloj.

—Podemos ir a ver la casita, si quieres. La señora Nelson vigi-lará a las niñas. Iremos en coche... ¿Por qué no me has dejado que fuera a buscarte a la estación de ferrocarril? Habrías evitado calarte hasta los huesos.

—Esta es mi colección de muñecas —dijo Rachel, abriendo la puerta de otro armario—. Papá me compra siempre una cuando va al extranjero.

Liv miró las muñecas: Miss Holanda, Miss Italia, Miss Japón con su quimono rosa. Rachel continuó:

—Esta es la más nueva. —Y le tendió a Liv a Miss Francia, que llevaba una toca bretona. Liv tocó la muñeca con mucho cuidado, temía estropear su rígida perfección.

»Podemos jugar al parchís —dijo Rachel. Liv reconoció y comprendió el atisbo de desesperación que se notaba en su voz. Sabía que ella era algo aburrida, sabía que apenas había dicho una palabra desde que Rachel se la llevó al piso de arriba y le enseñó los juguetes, adornos, libros y ropa que tenía en su amplio dormitorio. Sabía que debía hacerse amiga de Rachel, ya que, si iban a vivir en Fernhill, su madre esperaba que así lo hiciera. Sin embargo, el esplendor rosa y blanco de la habitación y la propia belleza y seguridad en sí misma de Rachel la abrumaban y hacían más honda aún la sensación que la tenía atrapada desde que su padre se fue: que todo lo que le era familiar había desaparecido, que no se podía confiar en nada.

»¿O quieres que juguemos en el jardín? —Rachel miró por la ventana—. Ya casi ha dejado de llover.

Liv asintió. Salieron. Anduvieron por el césped mojado y se arrodillaron junto al estanque, con sus nenúfares y sus gordezuelos peces de colores. Jugaron en el columpio y corrieron entre las largas filas de rosales. Unos tulípanes rojos florecían confinados en enormes arriates; las magnolias goteaban desde sus céreos pétalos hasta la hierba, bien cortada. A Liv le recordaba a los jardines municipales junto al mar, en Great Yarmouth.

Rachel llevó a Liv a ver el poni.

—¿Sabes montar a caballo? —le preguntó. Liv negó con la cabeza—. A mí me gusta mucho cabalgar. Pero no me gustan las competiciones.

—¿Porque hay demasiada expectación?

—¿Expectación?

—Como cuando vas a una escuela nueva. Cuando entras en la clase... y no conoces a nadie... y la gente te mira. —Aquellas palabras, y los temores de Liv, reprimidos durante demasiado tiempo, se desbordaron.

—Yo seré tu amiga —dijo Rachel con amabilidad—. Y también Katherine.

—¿Quién es Katherine?

—Es mi mejor amiga. ¿Cómo se llama tu mejor amiga?

—No tengo. —Temerosa de que aquello sonase patético, Liv explicó—: He estado en muchos colegios distintos, muchos... Y a veces no iba ni al colegio... a veces papá me enseñaba en casa.

Los ojos de Rachel se abrieron mucho.

—Qué suerte. No tener que ir al colegio.

—Pero ahora tendré que ir, supongo.

—¿Porque tu padre se ha ido?

Liv asintió, con abatimiento.

—A lo mejor vuelve.

—No se cómo va a volver, si vivimos aquí. No sabrá adónde ir —dijo Liv, con lógica.

Rachel frunció el ceño.

—Podemos hacer un hechizo.

Liv se la quedó mirando.

—¿Un hechizo?

—Para que vuelva.

—Pero ¿un hechizo de verdad?

—Katherine sabe hacerlo. Tiene un libro. Hicimos un hechizo para que la señorita Emblatt se pusiera enferma y Katherine no se metiera en líos por no haber hecho su bordado, y la señorita Emblatt se torció el tobillo. Y cuando Katherine quiso una bicicleta nueva, hicimos otro hechizo.

—¿Y consiguió una?

—No. Así que lo vamos a intentar otra vez. Mi papá dice que si al principio no tienes éxito, tienes que intentarlo una y otra vez. —Rachel soltó una risita—. Ese es el problema de las competiciones —acarició la crin del poni—. Yo no gano nunca, y no vale

la pena intentarlo otra vez. Los premios, las copas, las escarapelas... todo eso no sirve para nada, ¿verdad?

—Supongo —dijo Liv— que eso te demuestra que no puedes hacerlo todo mejor que nadie.

—Eso es lo que dice mi papá. Pero a mí no me importa. De verdad, no me importa si puedo hacer las cosas mejor o no. —Rachel no parecía alterada—. Papá dice que no se trata de ganar, sino de participar. Luego se ríe y dice: «Bueno, en realidad, querida, lo importante es ganar».

El sol había salido al fin, y los campos húmedos y los distantes tejados de las casas resplandecían. Liv se giró lentamente, protegiéndose los ojos de la luz.

—¿Qué buscas?

—El mar. —Liv guiñó los ojos—. Intento ver el mar.

—Está lejísimo. Papá nos llevó en verano, y tardamos horas y horas. Pero si haces esto —Rachel estiró los brazos—, quizá puedas verlo. Hace que todo se incline.

Y Rachel empezó a girar cada vez más y más. Liv también estiró los brazos y dio vueltas, despacio al principio, luego cada vez más rápido. Entre el torbellino de colores vertiginosos en el que se mezclaban y se emborronaban campo, jardín, casa y árboles creyó ver, muy lejos, una delgada línea de mar plateado.

Luego, como peonzas que se quedaran sin impulso, las dos perdieron el equilibrio y cayeron al suelo, un revoltijo de brazos y piernas, jadeando por el mareo y por la risa.

«¿Qué opinas? —le preguntó Diana—. ¿Es demasiado horrible?». Y Thea pudo responderle, con toda sinceridad, que la casita no era horrible, en absoluto. Era diminuta, pero a Thea no le importaba porque así sería más barato calentarla y no les daría demasiado trabajo.

Ahora, sola al fin —Diana había vuelto a la casa solariega a buscar a las niñas—, se movía silenciosamente por la casita, entrando en las habitaciones, imaginándose que era suya. En el jardín, el excusado —bastante limpio y con sus paredes de madera

casi ocultas por un montón de fotos de escenas marinas recordadas de revistas— estaba junto a la carbonera. El pozo que se encontraba en el centro del pequeño césped recompensó los esfuerzos de Thea con un diminuto hilo de agua fría como el hielo. El jardín era largo y estrecho, y sorprendentemente encantador, con senderos que serpenteaban y diminutos patios. Thea se abrió camino entre rosas silvestres enmarañadas y madre selvas tempranas. Cerrando los ojos, aspiró su aroma. Unos árboles altos se unían por encima de su cabeza, encerrándola en una caverna de un verde oscuro, allí donde surgían de la tierra los primeros brotes de jacintos y ajo silvestre. Al fondo del jardín corría un arroyo por una zanja de empinadas orillas. Más allá, la vista se abría hacia los campos.

El viaje y las lágrimas de aquella tarde habían dejado exhausta a Thea, de modo que se sentó en un tronco caído, disfrutando del silencio y la paz. La ira crispante e implacable que la consumía desde que se fue Fin empezaba a remitir. Pensó: Lo recordaré solo una vez más y luego sencillamente me olvidaré de él. Recordó el día en que lo conoció. Fue durante un bombardeo alemán. Ella acababa de alistarse —con veintiún años, salía de casa por primera vez— y viajaba hacia su primer destino. El tren iba atestado; ella estaba aplastada en medio del vagón, con la cara a la altura de los botones de los abrigos de los soldados, entre húmedos uniformes caqui que olían a perro mojado, y con una conmoción y un terror tan grandes ante la perspectiva de su nueva vida que empezaba a desfallecer. Entonces, justo cuando la vergüenza parecía inevitable, unas fuertes manos la levantaron, y una voz dijo: «Haced espacio para una pequeña», y pasó el resto del viaje sentada en el portaequipajes.

Su nombre, le dijo él entonces, era Finley Fairbrother. Demasiadas sílabas, añadió, llámame Fin, a secas. Tenía el pelo negro y rizado, y los ojos tan oscuros como pozos de turba, y como los demás hombres del vagón, iba de uniforme. Thea aún recordaba que las cuerdas del portaequipajes se le clavaron en las piernas enfundadas en las medias. Todavía recordaba que los ojos de él la hipnotizaron.

Fin la cambió. Él supo ver una veta de excentricidad en la hija del vicario y la sacó a la luz. Thea nunca fue capaz de volver a ser la criatura convencional que fue. Se vieron intermitentemente a lo largo de los años de la guerra. Él le hablaba de los sitios que había visto, de las cosas que había hecho. Su vida, llena de aventuras, colorido y viajes, parecía un antídoto contra los grises tiempos de guerra británicos. Thea perdió la virginidad en la deprimente habitación de un hotel de Paddington, con todos los escombros de la ciudad esparcidos a su alrededor, y los dos como únicas constantes en un mundo que se deshacía y se caía a pedazos.

Las amigas le advirtieron sobre Fin. «Claro, es monísimo y encantador, pero no es uno de “los que se quedan”, cariño. No es de esos con los que te casas.» Pero sí, se casó con él. En 1947, Fin volvió del Lejano Oriente; la boda tuvo lugar al año siguiente. A lo largo de los primeros años de su vida de casados viajaron constantemente, y no vivieron más de unos pocos meses en cada sitio. Fue una época maravillosa, emocionante y perturbadora: cuidaron un rebaño en una colina galesa, hicieron cerámica en un sótano de Londres, enseñaron en un colegio de Lincolnshire. Nada les duraba, pero siempre había nuevas aventuras y nuevos horizontes hacia los que mirar, de modo que al principio Thea no se preocupaba. Era la originalidad de Fin, su energía y su despreocupación lo que la atrajo desde el primer momento.

Sin embargo, empezó a darse cuenta de que le faltaba algo: un hogar. La vaga sensación de intranquilidad se intensificó cuando descubrió que estaba embarazada. La idea de llevar a un niño recién nacido de una casa inadecuada a otra la horrorizaba. Alquilaron una casa en Oxford, donde nació Olivia. A Thea le gustaba aquella casa, y adoraba a su hijita, diminuta y con los ojos oscuros. Esperaba que la niña consiguiera estabilizar a Fin. Por el contrario, cuando Liv tenía seis meses, él se fue, dejando una nota en la mesa de la cocina que decía: «Vuelvo dentro de unos días. Te quiero». Estuvo ausente quince días. Al volver le pidió perdón, se cambiaron de casa y empezaron de nuevo. Al año siguiente él volvió a desaparecer, un mes entero. Viajando, explicó a la vuelta. Solo viajando.

Y así fue a partir de entonces el esquema de su vida. Separaciones y reencuentros, distintos trabajos, distintas casas, una espiral que se iba tensando. Se fueron alejando del centro de Inglaterra, buscando al final la costa de Suffolk, como si en el mar Fin viese una escapatoria. La casita rosa de paredes rugosas que alquilaron apenas podía contener su infelicidad. En unas playas de guijarros grises, Fin miraba hacia el horizonte. Thea sentía su desesperación; en ella, la ira hervía y burbujeaba. «No es que no te quiera», le dijo él, y ella le chilló, golpeándole con los puños. No le sorprendió despertarse a la mañana siguiente y ver que él se había ido. Pasó un mes, dos, tres... Thea no podía recordar el momento exacto en que aceptó al fin que su ausencia era permanente.

La ira y la rebeldía que sentía impidieron al principio que se enfrentase a las dificultades prácticas de su situación. Luego, cuando llegaron en la misma semana una carta del banco y otra de su casero, diciéndole que el contrato de arrendamiento de la casa expiraba a fin de mes, se vio obligada a buscar soluciones. Durante sus años de vagabundeo con Fin, Thea perdió el contacto con la mayor parte de sus amigos. Sus padres habían muerto hacía una década. Tenía unos cuantos primos que le hacían reproches y a quienes no veía desde hacía años, pero Thea decidió que antes prefería dormir en el arroyo. Entonces pensó en Diana. Diana, cuya amistad la ayudó a sobrevivir en los primeros meses que pasó en el FANY; Diana, cuya vida —ejército, amor, matrimonio, hija— reflejaba de una manera tan fiel la suya propia. Diana, que se enamoró de Henry Wyborne, un héroe de Dunquerque. Durante la guerra, ambas se confiaban la una a la otra sus esperanzas y temores. Las cartas periódicas de Diana, con sus pacíficas noticias sobre detalles domésticos, fueron un gran consuelo para Thea durante los años más tensos de su matrimonio. Desesperada, Thea escribió a Diana.

Recordaba su conversación de aquella misma tarde.

—Debería visitar el colegio, quizá —dijo ella.

Diana puso mala cara y respondió:

—¿El colegio del pueblo? Los aseos están fuera y no les hacen aprender la tabla de multiplicar. Olivia tiene que ir a Lady Margaret, en Cambridge, con Rachel. Ya hablaré con la directora. Tienen becas.

Desarraigarse, trasplantarse ella y Liv desde la remota, movable y plateada lejanía de la costa de East Anglia, confirmó el fin de su matrimonio. Y el Colegio Lady Margaret —un lugar, suponía Thea, con uniformes y reglas— podía proporcionar a Liv la seguridad que necesitaba con desesperación. Quizá también consiguiera contrarrestar la impulsividad y el romanticismo que Thea a veces temía que Liv hubiese heredado de su padre.

Se trasladaron a la casita una semana después. Liv hizo un examen de ingreso al Colegio Lady Margaret y aprobó, y Thea apretó los dientes y dio las gracias cuando Diana le obsequió un montón de uniformes escolares de segunda mano. En verano, las alumnas del Lady Margaret llevaban vestidos con rayas rojas y jerseys rojos, que le quedaban muy bien a la morena y menuda Liv.

Thea encontró trabajo en una papelería del pueblo. El trabajo era muy fácil y extrañamente tranquilizador; le encantaba el olor azucarado de las golosinas que pesaba a cuartos para los niños del colegio, y le gustaban también las revistas satinadas, con sus recetas y sus patrones para hacer jerseys y sus consoladores artículos sobre jóvenes príncipes y princesas. Trabajar en la papelería permitió a Thea conocer a la gente del pueblo. Una vez a la semana asistía a las clases nocturnas de la escuela local, donde hacía enormes cacharros de cerámica de colores vivos y motivos atrevidos. En el pueblo se asumía que era viuda. A Thea se le ocurrió, claro está, que era muy probable que Fin estuviese muerto de verdad. Él nunca había sentido una preocupación excesiva por su propia seguridad.

Llevaban tres meses viviendo en Fernhill cuando Thea conoció a Richard Thorneycroft. El señor Thorneycroft se acercó al mostrador de la papelería y le tendió a Thea una moneda de seis peniques y una tarjeta para que la pusiera en el escaparate.

—Quince días —ladró, y se fue.

La señora Jessop, la propietaria de la tienda, dijo:

—No conseguirá a nadie, aunque la pongamos un año. Mabel Bryant lo intentó, y también Dot Pearce, y no pudo soportarlo más de una semana, aunque tiene la paciencia de una santa. —Bajó la voz—. Perdió a su mujer y a su niño en un bombardeo, ¿sabe? Es horrible, pero no es excusa para los malos modales, como digo yo siempre.

Thea leyó la tarjeta. Decía: «Se necesita ama de llaves, tres horas al día. Debe ser tranquila y trabajadora. Idiotas, inútil presentarse».

Aquel mismo día llamó a la puerta del señor Thorneycroft.

—Me llamo Thea Fairbrother —dijo—. He venido por el trabajo de ama de llaves.

Él la examinó. Era alto y delgado, y llevaba un pantalón de *tweed* muy desgastado. En la mano derecha sostenía un bastón.

—Entonces será mejor que entre.

Ella lo siguió al interior de la casa. Era estilo Reina Ana, supuso Thea, una de las casas más bonitas del pueblo, aunque su austeridad polvorienta no hacía justicia a su serena belleza.

—¿Cuáles serán mis obligaciones?

—Trabajo doméstico ligero. Viene una chica dos veces a la semana a fregar los suelos. Hace la compra. Tres horas cada mañana, cuatro chelines la hora.

—Dos horas cada tarde, cinco chelines la hora. Tengo que combinar este trabajo con el otro que tengo, y con el horario escolar de mi hija, señor Thorneycroft...

Él frunció el ceño y dijo:

—A veces no se puede elegir, supongo.

Durante el primer mes como ama de llaves del señor Thorneycroft, la señora Jessop saludaba cada mañana a Thea en la tienda diciendo: «¿Ya ha dejado a ese malnacido?», ante lo cual Thea negaba con la cabeza.

—Me gusta trabajar allí —respondía, y lo decía sinceramente. Le gustaba la casa, que era tranquila y elegante, y le recordaba la vicaría de Dorset en la que pasó la niñez. La lengua de su nuevo

patrón no era más afilada que la de su padre, ni que la de su oficial en jefe en el FANY. Ella respetaba al señor Thorneycroft: tenía una tenacidad de la que, ciertamente, carecía Fin. Una mina terrestre en el sur de Italia le dejó la pierna derecha cinco centímetros más corta que la izquierda y, sin embargo, nunca se quejaba, aunque Thea sospechaba que a menudo tenía que sentir dolor.

El señor Thorneycroft estaba escribiendo un libro sobre la campaña de los Dardanelos. Su estudio era como una cueva del tesoro sombría y repleta de libros y documentos. La primera vez que Thea lo limpió, él se quedó en la puerta, para asegurarse de que no cambiaba nada de sitio. Ella fue a quitarle el polvo a un cuadro enmarcado. Era un boceto a lápiz y tinta de unos acantilados salpicados de flores, que bajaban hasta un mar de color turquesa.

—¿Qué lugar es este? —preguntó ella.

Esperaba una respuesta despectiva, pero él dijo:

—Creta. Fue antes de la guerra.

—Es precioso.

—Entonces pensaba que era como el paraíso. —Y se alejó cojeando, dejándola con su trabajo.

Que Liv se adaptara rápidamente a la escuela se debió en gran medida, y Thea lo sabía, a Rachel. Esta había heredado la generosidad de espíritu que Thea aún veía en Diana, y que permitía a Thea tolerar el autoritarismo de Diana y sus torpes intentos de influir en ella. Rachel, que podría haber sido con toda facilidad la típica niña mimada, milagrosamente no lo era. Asistía a clases de danza, a clases de música y de equitación con una risueña falta de interés que secretamente divertía a Thea. Rachel era feliz en un punto medio de la clase en Lady Margaret no porque careciese de inteligencia, sino porque no tenía ambición. A Rachel, concluyó Thea, no le faltaba de nada. A veces, Thea se preguntaba qué ocurriría si Rachel averiguaba alguna vez lo que era desear algo.

Rachel lo compartía todo con Liv: libros, ropa, pinturas, lápices. También compartía a Katherine. Katherine Constant era desgarbada, orgullosa y muy lista, con el pelo lacio y rubio, que escapaba en erráticos mechones de sus delgadas trenzas, y los ojos castaños del color del *toffee*. Thea se preguntaba el porqué de aquella pareja tan desigual, y al final concluyó que en Katherine, Rachel encontraba el entusiasmo y la intensidad de los que ella misma carecía. Se notaba una impaciencia hambrienta y desdeñosa en la mirada oscura de Katherine que al principio sobresaltó a Thea. Luego, una tarde, llevó a Liv a casa de Katherine, en un pueblo cercano. Vio la casa grandota, fea y sucia en la cual el padre de Katherine, que era médico, tenía su consulta general, y conoció a la exhausta señora Constant y a los tres hermanos de Katherine. Estaba Michael, el mayor; Simon, el gemelo de Katherine, y Philip, el más joven. Unas complicaciones después de un brote de sarampión cuando era muy pequeño dejaron a Philip mental y físicamente discapacitado. A Thea le habría gustado decirle a Katherine: «Ten paciencia y lo que quieres te llegaré», pero Katherine, tenía la sensación, despreciaba la paciencia. A Thea le habría gustado dar a Katherine los abrazos que, según sospechaba, raramente recibía en su casa, y lo hacía a veces, pero notaba que el huesudo cuerpo de Katherine se tensaba entre sus brazos, como si aquella paz tan breve la alarmase.

A medida que pasaban los meses, Thea y Liv hicieron suya la casita. Decoraron las sencillas paredes y las chimeneas vacías con semillas, hojas secas recogidas en los paseos por el camino, guijarros y conchas recolectadas durante sus años junto a la playa. Hicieron cortinas y visillos para cubrir las ventanas, de cristales pequeños, y cubiertas y cojines para alegrar los viejos sofás y sillas. Thea podía seguir toda la historia de la niñez de Olivia en las cortinas de *patchwork* del salón: un trocito de un pelele infantil en una esquina, un cuadrado de un vestido de verano en otra. En el jardín, geranios y lobelias brotaban de las macetas rosa y naranja de Thea; dentro de la casa, bandejas y cuencos que llevaban pintados dioses y diosas —Pomona, Diana, Apolo— contenían montoncitos de manzanas y ciruelas caídas del árbol.

Dos años después de trasladarse a Fernhill, el propietario construyó un cuarto de baño en la parte trasera de la casita. Thea y Liv dieron una fiesta para celebrar que desmontaban el excusado exterior. Bebieron sidra y refrescos, y encendieron una hoguera en la que quemaron los tablones de madera y el asiento y los recortes de playas tropicales. Diana y Rachel y los gemelos Constant asistieron a la fiesta, así como los amigos de Thea de su clase de cerámica y la señora Jessop, de la tienda.

En 1964 los conservadores perdieron las elecciones generales. Disimulando su indiferencia, Thea consoló a Diana:

–Al menos, Henry mantiene su escaño.

–Pero un Gobierno laborista..., qué horror.

Thea sospechaba que las cosas seguirían igual que siempre. Se asomó a la ventana y apoyó las manos en el alféizar, mirando al exterior, donde las tres niñas paseaban por el césped bajo la luz del sol, agarradas del brazo. Oyó una risa repentina. Y pensó: no lo he hecho tan mal, ¿verdad? Estés donde estés, Fin, no lo he hecho tan mal. Tenemos un hogar y un trabajo. Y Olivia se ríe.